

han ido reuniendo en número cada vez mayor.) ¡Ahora, idos! ¡No descuidéis al rey que está en el baño! Ayudadle!

(Los escuderos han recogido respetuosamente el cisne y se alejan con él hacia el lago).

GURNEMANCIO (volviéndose otra vez á Parsifal).—¡Vamos á ver! Ignoras cuánto te pregunto: ahora dime lo que sabes, pues algo sabrás

PARSIFAL.—Tengo una madre; se llama Herzeleide; vivíamos en el bosque y en parajes desiertos.

GURNEMANCIO.—¿Quién te dió el arco?

PARSIFAL.—Yo mismo me lo hice para ahuyentar las feroces águilas del bosque.

GURNEMANCIO.—No obstante, me pareces de noble linaje y de alta alcurnia: ¿por qué tu madre no te hizo aprender el manejo de armas mejores? (Parsifal se calla).

KUNDRÍA (tendida en un ángulo del bosque y fija la mirada en Parsifal, grita hacia el escenario con voz estridente).—Á ese bastardo le parió su madre cuando Gamuret pereció en la batalla; la loca, para preservar al loco de su hijo de la muerte prematura de los héroes, le crió en el desierto, extraño á las armas. (Se ríe).

PARSIFAL (que la ha escuchado con mucha atención).—¡Si! Una vez pasaron por el lindero del bosque unos hombres relucientes, montados en hermosos animales. Quise imitarlos; se echaron á reír y se alejaron. Yo los seguí, pero no pude alcanzarlos; crucé espesuras, subí á los montes, bajé á los valles; muchas veces me sorprendió la noche; otras tantas amaneció: mi arco me defendió de las fieras y de los hombres grandes.

KUNDRÍA (con viveza).—Verdad que derribó á malhechores y gigantes: todos temían al débil muchacho.

PARSIFAL.—¿Quién me temía? ¡Habla!

KUNDRÍA.—Los malos.

PARSIFAL.—Los que me amenazaban, ¿eran malos, dices? ¿Y á quién llamáis bueno? (Gurnemancio se ríe).



GURNEMANCIO (*serio*).—Á tu madre, de quien te escapaste y que sufre y se desespera ahora por tu desaparición.

KUNDRÍA.—Su dolor ya cesó: tu madre ha muerto.

PARSIFAL (*muy asustado*).—¿ Muerta? ¿ Mi madre? ¿ Quién lo dice?

KUNDRÍA.—Yo pasé por delante de ella y la vi morir: me dijo que te saludara á ti, loco.

(*Parsifal se precipita furiosamente sobre Kundría y la agarra por el cuello*).

GURNEMANCIO (*deteniéndole*).—¡ Insensato! ¿ Otra vez violencias? ¿ Qué te ha hecho esa mujer? Ha dicho la verdad. Kundría no miente; no ha mentido nunca y tantas cosas nos ha referido ya...

(*Cuando Gurnemancio ha librado á Kundría, Parsifal se queda un rato inmóvil; luégo le dan fuertes convulsiones*).

PARSIFAL.—¡ Ay!... ¡ me muero!

(*Kundría corre apresuradamente á un manantial del bosque, trae agua en un cuerno, rocía á Parsifal y después le da de beber*).

GURNEMANCIO.— ¡ Bien hiciste! Devolver bien por mal. Los preceptos del Gral así lo mandan.

KUNDRÍA (*se vuelve con tristeza*).— ¡ Yo nunca hago el bien! Lo que yo quiero es reposo. (*Mientras Gurnemancio cuida solícitamente de Parsifal, Kundría penetra inadvertida en una mata.*) ¡ Reposo! ¡ Reposo á la extenuada! ¡ Sueño! ¡ Ojalá nadie me despierte! (*Levantándose con ímpetu.*) No, no; ¡ no sueño! ¡ Estoy aterro-
rizada! (*Después de un grito sordo, le dan fuertes convulsiones; luégo deja caer los brazos como extenuada de fatiga, inclina profundamente la cabeza y se aleja vacilando.*) ¡ Inútil resistencia! La hora ha llegado. Á dormir, á dormir: no puedo más.

(*Se cae detrás de la mata y permanece inadvertida. Desde el lago suena un alboroto y se descubre en el fondo el sé-*

quito de caballeros y escuderos que se van acercando con la litera).

GURNEMANCIO.—El rey vuelve del baño; el sol está ya muy alto; ahora deja que te acompañe, pues si eres puro, el Gral te dará de comer y beber.

(Obliga á Parsifal á que le ciña suavemente el cuello con sus brazos, y le sostiene abrazándolo á su vez; así le acompaña andando á pasos lentos).

PARSIFAL.—¿Quién es el Gral?

GURNEMANCIO.—Esto no se dice; pero si tú también eres de los elegidos, sabrás quien es. ¡Mira! Me parece que te conozco bien: no hay camino material que conduzca á él y no pueden recorrerlo los que él mismo no guía.

PARSIFAL.—Apenas ando, y ya me parece que estoy lejos.

GURNEMANCIO.—Ya ves, hijo mío; aquí el tiempo se convierte en espacio.

(En tanto que Gurnemancio y Parsifal parecen empezar á andar, la escena se transforma insensiblemente de izquierda á derecha: de este modo desaparece el bosque; en un peñasco se abre una puerta, por la que entran ambos; luego se les vuelve á ver en galerías ascendentes, las que recorren en apariencia. Se oyen de lejos las trompas, cuyos acordes sostenidos crecen gradualmente: el tañido de las campanas parece acercarse. Por fin llegan á una gran sala, que remata en la parte superior una cúpula, por la que penetra la luz. Desde lo alto de la misma se oye un tañido cada vez mayor.)

GURNEMANCIO *(dirigiéndose á Parsifal que está como encantado)*.—Ahora presta atención y veamos si eres loco y puro, cualquiera que sea el saber que te está reservado.

(En ambos lados del fondo se abre una gran puerta. Por la derecha entran los caballeros del Gral en procesión solemne y se colocan junto á dos largas mesas puestas,

que se corren paralelamente, de modo que quede libre el centro de la sala; en las mesas hay copas, pero no viandas. Los caballeros entran cantando lo siguiente):

CABALLEROS DEL GRAL.—Estamos cada día preparados para el último banquete, aunque lo fuese el que hoy celebramos. Al que practica buenas obras, séale dado repetirlo: acérquese á la mesa y reciba el supremo bien.

VOCES DE HOMBRES MÁS JÓVENES *(procedentes de media altura de la sala)*.—Como el héroe de la redención humana derramó gustoso su sangre por los pecados del mundo, sufriendo mil atroces dolores, pueda yo hoy derramar la mía en su nombre. El cuerpo que se ha sacrificado para redimirnos, viva en nosotros por su muerte.

VOCES DE MUCHACHOS *(procedentes de la parte más elevada de la cúpula)*.—La fe vive; la paloma mensajera propicia del cielo, revolotea. Bebed el vino que por vosotros se ha vertido y recibid el pan de la vida.

(Por la puerta opuesta entra Amfortas traído en la litera por escuderos y hermanos sirvientes. Delante de él avanzan algunos muchachos llevando una caja cubierta de un manto purpúreo. Este cortejo se dirige hacia la parte central del fondo, donde se halla un lecho elevado y cubierto por un baldaquino, en el que se deposita á Amfortas; delante del mismo hay una mesa de mármol prolongada en forma de altar, sobre la que los muchachos depositan la caja cubierta; y cuando todos los caballeros han tomado ya asiento en las mesas, sucede al canto un silencio algo prolongado. Desde el extremo del fondo, de un nicho abovedado que se halla detrás del lecho de Amfortas, sale, como de un sepulcro, la voz del viejo).

TITUREL.—¡Amfortas, hijo mío! ¿Estás oficiando ya? *(Silencio.)* ¿Tendré hoy la dicha de ver de nuevo al Gral y vivir? *(Silencio.)* ¿Habré de morir sin que me acompañe el Salvador?

AMFORTAS (*en un arranque de dolorosa desesperación*).—¡Ah! ¡Desdichado de mí! ¡Padre mío, oficia tú otra vez! ¡Vive y deja que me muera yo!

TITUREL.—Por la gracia del Redentor, yo vivo en la tumba; pero soy demasiado débil para servirle: ¡expía tu culpa en su servicio! ¡Descubrid al Gral!

AMFORTAS (*apartando á los muchachos*).—¡No! ¡Dejadle cubierto! ¡Ay! ¡Que nadie, nadie sienta el dolor que yo experimentaría á la vista de lo que á vosotros os entusiasma! ¿Qué es la herida, la crueldad de sus dolores, comparada con la pena, con la pena infernal de estar condenado... á este oficio!? ¡Dolorosa herencia, la que me ha tocado! á mí, único pecador entre todos, obligado á guardar el más sagrado de todos los santuarios y á implorar la bendición para los puros! ¡Oh, castigo, castigo sin igual, que me inflige la cólera de Dios todo misericordioso! Fuerza es que implore su gracia desde lo más profundo de mi corazón y que la merezca por medio de la penitencia expiatoria: la hora se acerca: ya descende un rayo de luz sobre la obra sagrada; el velo cae; el divino contenido del vaso sagrado empieza á enrojecerse é iluminarse; embriagado del celeste placer producido por el dolor, siento verterse en mi corazón la fuente de la sangre divina: la corriente de la mía pecadora retrocede precipitadamente y refluye con ímpetu al mundo de la expiación de los pecados; de nuevo rompe la presa y brota de esta herida, igual á la inferida con la misma lanza en el costado del Salvador, de aquel que por el ardor divino de su piedad lloró con lágrimas de sangre los pecados del mundo; y en este sagrado lugar brota la sangre impura, del cuerpo del guardián de los bienes divinos y del bálsamo de la Redención! ¡Piedad, piedad! ¡Dios todo misericordioso, piedad! ¡Despójame de mi herencia, cierra mi herida, haz que muera santamente y renazca en tu gracia! (*Cae desmayado*.)

VOCES DE MUCHACHOS (*de la cúpula*). «El loco casto, iluminado por la compasión: espera al que yo he elegido.»

LOS CABALLEROS (*en voz baja*).—Así se te anunció; espera y no desmayes; ¡hoy oficia!

LA VOZ DE TITUREL.—¡Descubrid el Gral!

(*Amfortas se ha vuelto á levantar silenciosamente. Los muchachos descubren la caja dorada, sacan de la misma el «Gral» (copa de cristal antiguo), quitan la envoltura que le cubre y lo colocan delante de Amfortas*).

LA VOZ DE TITUREL.—¡La bendición!

(*En tanto que Amfortas se inclina hacia el vaso con devoción y rezando en voz baja, luz crepuscular, cada vez más intensa, invade la sala*).

MUCHACHOS (*desde la cúpula*).—¡Tomad mi sangre, por nuestro amor! ¡Tomad mi cuerpo y acordaos de mí! (*Un rayo de luz deslumbradora baja de la cúpula sobre el vaso y éste se va colorando de púrpura cada vez más vivo. Amfortas, en éxtasis levanta al «Gral» y lo agita suavemente en todas direcciones. Á la entrada del crepúsculo todos están ya arrodillados y dirigen devotamente sus miradas hacia el «Gral»*.)

LA VOZ DE TITUREL.—¡Oh, placer divino! ¡Cuán brillante se nos presenta hoy el Señor!

(*Amfortas vuelve á depositar el «Gral», el cual palidece á medida que se va desvaneciendo el crepúsculo; luego los muchachos encierran otra vez el vaso en la caja y la cubren como antes. Al reaparecer la claridad primitiva, se vuelven á divisar las copas que se hallan sobre las mesas y que ahora están llenas de vino, teniendo cada una un pan á su lado. Todos se sientan para celebrar el banquete y así también Gurnemancio, quien deja un puesto libre junto á sí é invita con un signo á Parsifal á participar de la comida: pero Parsifal permanece á un lado inmóvil y mudo, como extático.—Cantos que alternan durante la comida*).

VOCES DE MUCHACHOS (*de la parte superior de la cúpula*).—El señor del Gral, por la fuerza de su amor y de su piedad, convirtió el vino y el pan de la última cena en la sangre que derramó y en el cuerpo que ofreció en holocausto.

VOCES DE JÓVENES (*de media altura de la cúpula*).—El Redentor, á quien ensalzáis, ha convertido por vuestro bien la sangre y el cuerpo de su sacrificio en el vino que bebéis y en el pan que hoy os alimenta.

LOS CABALLEROS (*primer coro*).—Tomad el pan y fortificad vuestro cuerpo; sed fieles hasta la muerte y esforzados en las penas para realizar las obras del Salvador. (*Segundo coro*.) Tomad el vino y convertidlo en sangre vigorosa; estad unidos como buenos hermanos y luchad con valor.

(*Se levantan con solemnidad y se tienden las manos*).

TODOS LOS CABALLEROS.—¡Bienaventurados en la fe!
¡Bienaventurados en el amor!

LOS JÓVENES.—(*desde media altura de la cúpula*).—
¡Bienaventurados en el amor!

MUCHACHOS (*desde la parte más elevada*).—¡Bienaventurados en la fe!

(*Durante la comida, en la cual no ha tomado parte, Amfortas vuelve poco á poco en sí de su éxtasis: inclina la cabeza y pone la mano en la herida. Los muchachos se le acercan; sus gestos indican que la herida vuelve á manar sangre: cuidan á Amfortas, vuelven á colocarlo en litera y mientras todos se preparan para marcharse, se llevan á Amfortas y la caja sagrada con el mismo orden en que han venido. Los caballeros y escuderos se disponen también en orden de marcha y abandonan lentamente la sala, de la que desaparece gradualmente la luz del día. Las campanas tañen de nuevo.—Cuando Amfortas suelta un grito de dolor, Parsifal hace un movimiento repentino con la mano hacia el corazón y la mantiene un rato sobre el mismo temblando: luego per-*

manece largo rato como encantado é inmóvil. Cuando los últimos abandonan la sala y las puertas se vuelven á cerrar, Gurnemancio se acerca enojado á Parsifal y le sacude cogiéndolo por un brazo.)

GURNEMANCIO.—¿Qué haces aquí todavía? ¿Sabes lo que has visto? (*Parsifal sacude un poco la cabeza.*) ¡Eres un verdadero loco! (*Abre una estrecha puerta lateral.*) ¡Fuera! ¡Anda por donde viniste! Y acuérdate que Gurnemancio te aconseja dejar en paz en lo sucesivo á los cisnes de este lugar. ¡Á cazar á otra parte!

(*Da un empujón á Parsifal y cierra la puerta estrepitosamente y con enojo. Mientras sigue á los caballeros, cae el telón.*)